

El escultor camprodonense

Joaquín Claret (1879-1964)

Por JOSÉ M.^a MIR MAS DE XEXÁS

En la ciudad de Olot, en la cual inició sus primeros estudios artísticos en la Escuela de Bellas Artes y bajo la dirección de José Berga Boix, falleció y a finales del año 1964 —en vísperas navideñas— el destacado escultor camprodonense Joaquín Claret Vallés, quien contaba la edad de ochenta y cinco años.

Hacía ya mucho tiempo que residía en la capital de la Garrotxa, en donde, con su esposa e hijos, captóse las simpatías de los ciudadanos olotenses. En los talleres del “Arte Cristiano” —de estatuaria religiosa y que fueron fundados a finales del siglo pasado por los hermanos Vayreda— había efectuado dignamente su labor escultórica. Ultimamente se hallaba imposibilitado de poder andar a solas y, por consiguiente, de poder salir a la calle y camaradear con sus colegas y amigos, como era su costumbre. En realidad era un venerable anciano muy comunicativo y afable que se hacía simpático y agradable por su trato sencillo y espontáneo. Y así en silencio y casi olvidado —sobre todo por los que de fuera lo habían tratado— falleció el que, en algún tiempo pasado, fue un gran hombre y un cosmopolita ciudadano parisiense que conquistó fama y renombre categóricos, conseguidos a costa de sacrificios, luchas y desengaños y principalmente de penurias y obstáculos.

En la bella y pintoresca comarca gerundense y subpirinaica del Ripollés —exactamente en la pacífica y pintoresca villa de Camprodón, de ancestral raigambre histórica y centro de una distinguida colonia veraniega— nació el futuro artista Joaquín Claret Vallés. En su pueblo natal pasó su infancia. Cuando cumplió los doce años sus padres decidieron hacerle cursar estudios de latín y le enviaron a Olot. Por lo visto y comprobado el chico no entró en vocación para cura —como tampoco en definitiva (a pesar de faltarle un curso aproximadamente) el que había de ser su maestro de dibujo y de pintura, José Berga Boix—. Enfebrecido por las artes plásticas, bien se las compuso el muchacho Joaquín para primeramente asistir a la academia particular de Berga y más tarde a las clases de la Escuela de B. A. de Olot, cuya entidad pedagógica y cultural dirigía el mismo Sr. Berga Boix. Claret, a la vista de las maravillas paisajísticas olotinas y entusiasmado ante los lienzos que tan sabiamente pintaban sus maestros y, tal vez, encantado del lirismo romántico y bucólico vayrediano, decidió inclinarse hacia la estética pictórica. Y no desanimóse. Fuese a Barcelona e ingresó en la Escuela de Bellas Artes de la capital de Cataluña. Tenía diez y seis años cuando fue admitido como aprendiz en el taller del escultor Carbonell. Después entró, como oficial, en los talleres de los escenógrafos Brunet y Pons. De Barcelona trasladóse a Canarias para servir en Sanidad Militar, y terminado el servicio militar marchóse a París. Es en esta gran capital europea en donde pudo prosperar categóricamente. No obstante tuvo que pasar por una serie de pruebas no muy satisfactorias.

Vendió postales iluminadas en el Boulevard Saint Michel, fue retocador fotógrafo en la Avenida de la Opera, también ejerció de peón albañil y otros espinosos oficios. Empero nunca se amilanó en su bohemia inderrotable e ilusa... Haciendo de cantero escultor —*picapedrero*— pudo ponerse en contacto con el gran escultor rosellonense Arístides Maillol, a quien ayudó en la tarea escultórica. Y ¡oh paradoja! el que de adolescente deseaba ser un gran pintor, metamorfoseóse en escultor. Sin embargo no abandonó el dibujo colorístico —la acuarela singularmente—, en cuya faceta volvió a dedicarse en sus últimos años de residencia en la ciudad de Olot, cuna de innumerables artistas, lo mismo pintores que escultores. Con Maillol convivió unos tres lustros. Alternó con el maestro rosellonense (1901-1902) en sus estudios en la Academia Raoussin y durante la ausencia de Maillol —que era profesor de la misma— sustituyóle en la clase de escultura—. Andando ya más por su cuenta, pero sin abandonar jamás al Maestro, Claret firmó en 1904 un contrato vitalicio —que duró hasta estallar la guerra europea de 1914— con el anticuario austriaco Meyer Riefenthal, reputado crítico de arte y coleccionista consideradísimo. Claret sumó muchas amistades en París, remarcándose la que contrajo con el ilustre pintor, escultor y comentarista de arte francés Maurice Denis, que le ayudó a amaestrarse y le presentó en el catálogo de su muy celebrada exposición, que realizó Claret en las Galerías Bernheim-Jeune de la capital de Francia. El éxito fue resonante, favorable la crítica y venta de obras pictóricas y escultóricas. Esto le valió para ser requerido de los principales marchantes y coleccionistas parisienses, sobre todo en su especialidad refinada de figurillas de terracota —las femeninas principalmente—. Regresado a Camprodón —durante la guerra de 1914-18— andóse por diversos pueblos y villas del Ripollés, del Llano de Vich y de La Garrotxa. Terminado el conflicto dramático europeo, retornó a la Ville Lumière, expuso en las principales salas de arte parisienses.

En sus andanzas de ida y vuelta expuso una selección de terracotas en 1926 en Barcelona. Colaboró en la Exposición Internacional de Barcelona de 1929 y en los palacios de Agricultura y de Arquitectura figuraron obras suyas. En 1940 expuso en las Galerías Layetanas de la capital catalana. En Olot residió después que, al esclatar la gran guerra mundial de 1939, invadieron los alemanes la capital francesa y gran parte de su territorio metropolitano. Ejerció de escultor técnico de “El Arte Cristiano” hasta su jubilación definitiva y se dedicó al cultivo de la acuarela, exponiendo individualmente y participando en colectivas en diversas salas de la ciudad montañesa.

Claret, en realidad estética, influyóse exquisitamente de los estilos escultórico-escolásticos asirios, persas, egipcios y griegos, sin regatear las influencias inevitables que adquirió de los grandes maestros franceses Roussel, Denis y Maillol.

Ese hombre tan bondadoso e ingenuo —que el narrador deleitoso y sicologista catalán ampurdanés José Pla, tan leído como discutido, tan ameno como audaz humorista y satírico, lo calificó de “un trozo de pan” (y de esto hace muchísimos años) en una de sus crónicas de corresponsal en París por el diario barcelonés “La Publicidad”—, si ese hombre pequeñín de cuerpo y grande de espíritu que en este mundo se llamó Joaquín Claret y Vallés, ha pasado a la eternidad después de una vida larga y laboriosa y sin haber dejado una gran fortuna de monedas. Humildemente, con sus venerables y luengas barbas blancas jupiterinas y franciscanas a la par, Joaquín Claret cerró sus ojos vivarachos e intuitivos para las miserias terrenales.

Puédese rememorar a Claret a través de sus obras en colecciones particulares y museos (Olot, Gerona, Barcelona, etc.). Está bien representado en Camprodón (en el Cementerio y en algunas casas señoriales de la villa natal suya). En París cabe señalar el mausoleo de Maurice Denis, entre otras muchas. Descanse en paz eterna.